

# La era del «golpe»

Eduardo Haro Tecglen

LA separación de poderes entre militares y civiles es un hecho muy reciente en la historia de la sociedad mundial; la supeditación del poder militar al civil es más reciente todavía. Esta separación parece, sobre todo, fruto de una idea nueva, que no llega casi al siglo de existencia: la del pacifismo o la aceptación general de que la guerra no es un bien y, por tanto, la política, la negociación, la diplomacia, el acuerdo, el entendimiento sí son bienes que hay que cultivar y ayudar. Las ideas generales, tomadas en un contexto muy amplio como puede ser el mundo europeo y los que han derivado de él, no progresan de una sola vez, sino que van sufriendo alternativas, retrocesos o revisiones. En este mismo siglo, mientras el pacifismo progresaba velozmente, algunas doctrinas la defendían. El Kronprinz, en la Alemania de 1913, aun hablaba de la guerra «fresca y alegre», mientras el italiano Marinetti, futurista y fascista, la consideraba «sola higiene del mundo»; para von Moltke «sin la guerra el mundo se hundiría en el materialismo», y para Mussolini «la guerra imprime el sello de nobleza en todos aquellos que tienen el valor de aceptarla». No son sólo alemanes e italianos —los últimos defensores de la guerra como ideología— los que la han defendido. Lenin, pacifista, ensalzaba las guerras revolucionarias como la Iglesia hablaba de las «guerras justas». Hoy todo el vocabulario ha cambiado. Hay un profundo giro semántico, porque la idea de negación de la guerra está definitivamente admitida y es dominante: cuando los políticos que consideran la posibilidad de la guerra, o la esgrimen como «última ratio», lo hacen como con pena y con resignación. Los Ministerios de la Guerra han cambiado su nombre por el de «defensa»; asistimos a operaciones de guerra que se llaman «despacificación» —se ha utilizado en expediciones militares en Argelia o en el Vietnam— y hasta ejércitos enteros se ponen bajo el lema de la paz: «Peace is our task» es el mote del Ejército de los EE.UU.

Tenemos una tradición de milenios en los cuales la guerra, las armas y la violencia forman parte intrínseca de la vida de las naciones, y esta tradición está profundamente asentada en lo que llamaríamos inconsciente colectivo y, desde luego, en numerosos residuos de las estructuras sociales: la idea de pacifismo y de poder civil es tan reciente y todavía tan poco admitida que no han tenido tiempo de sustituir a la anterior. Es una idea coincidente con la democracia y puede hacerse una relación histórica perfectamente coherente: la autocracia está ligada al militarismo, a la sociedad en armas, la disciplina y el sentido de servicio y sacrificio en la vida, mientras la democracia concuerda con el pacifismo, la supresión de las violencias interiores y exteriores. El «nuevo régimen» —por contraposición con el «ancien régime»— elige un cierto camino, y es el de la separación de poderes. El antiguo está basado en los reyes de espada en mano, y la clase guerrera está ligada a la aristocracia. La frecuencia de las guerras exige que la dirección de las sociedades esté ejercida por la clase guerrera: mientras hay eternamente un pueblo renuente a la guerra, escapando de las levadas y de la conscripción, y con una sabiduría propia de que gane quien gane en una guerra, el que pierde es el pueblo. Idea no siempre aceptada por las instituciones mismas del pueblo cuando se las pudo dar. Puede recordarse que uno de los grandes motivos de escisión entre comunistas y socialistas fue cuando, en los albores de la primera guerra mundial, los comunistas trataron de evitar la guerra mediante un movimiento popular internacional (en el que participaban codo a codo, fraternalmente, alemanes y franceses) y los socialistas optaron por participar en los gobiernos de guerra, colocando los valores patrióticos y nacionales por encima de lo que se llamaba «internacionalismo obrero».

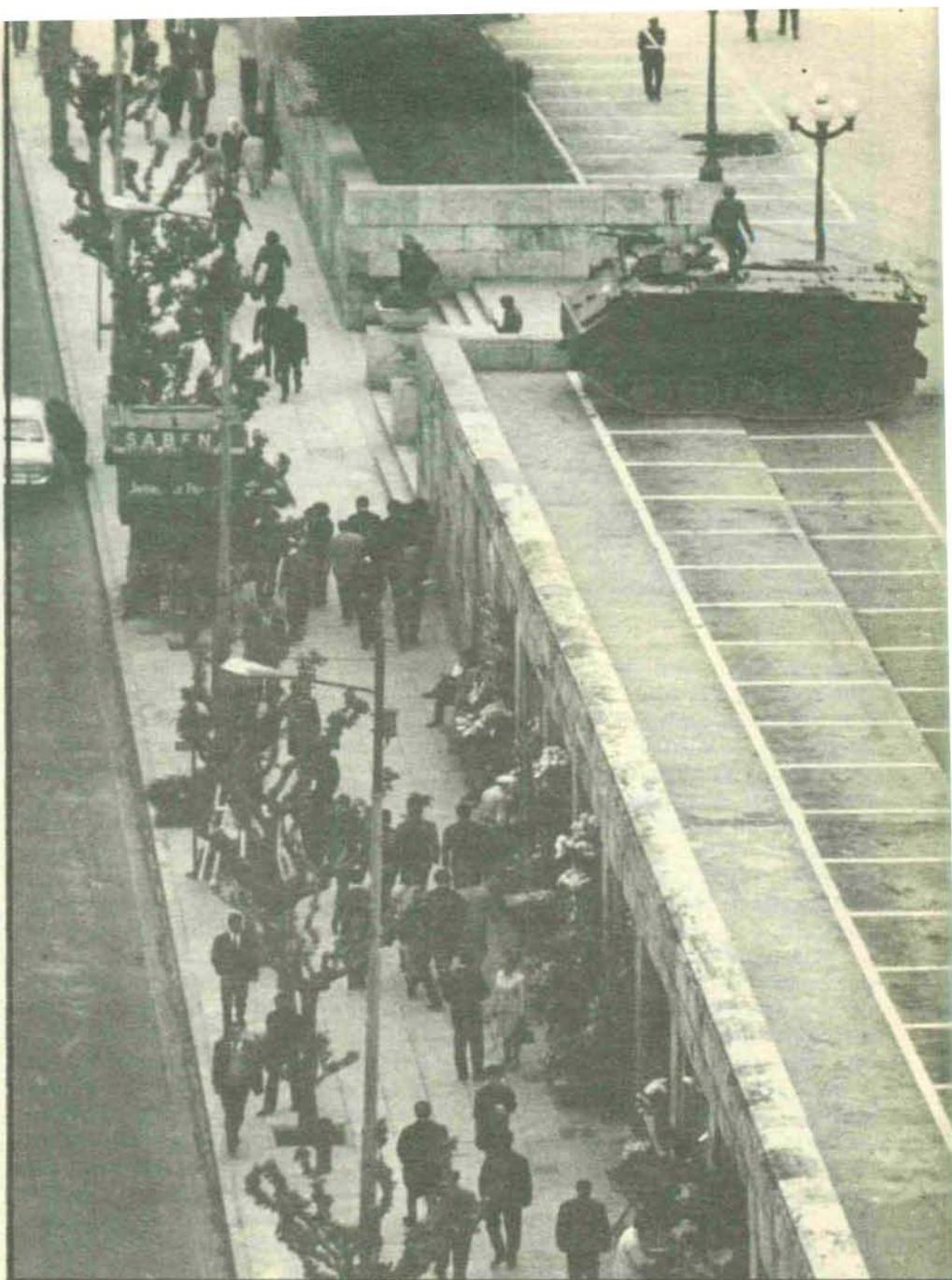
La separación entre el poder civil y el militar puede considerarse, por el momento, como una etapa provisional. El ideal —y en Espa-

ña tienden a ello tanto militares como políticos, en muchas ocasiones— es que no exista tal separación, sino un solo conjunto. Por el momento —y no sólo, naturalmente, en España, sino en el mundo prácticamente entero, con muchas diferencias de matices— esta transformación de las antiguas sociedades militares en sociedades de predominio civil no está totalmente conseguida. Hay supervivencias considerables. Los fueros de los militares, la peculiaridad de un «sentido del honor» que parecería menos desarrollado en el civil —una supervivencia de su condición de «paisano» o campesino; una calificación de «villano», que en nuestro Siglo de Oro ya empieza a aparecer como positiva —«que no hubiera capitán si no hubiera labrador»—, el ejercicio propio de una justicia, su concentración social —desde el cuartel a las «casas de los militares»—, su formación o sus lecturas, su sistema de cooptación para el mando, hasta su endogamia y su tendencia a transmitir por herencia la profesión son factores que se ven —unos más destacados que otros; todos con más o menos fuerza— en prácticamente todas las sociedades que conviven en el planeta. Las sociedades aceptan lo que aún consideran privilegios de los militares —y en muchos casos no son tales privilegios— como un tributo que hay que rendir a quienes tienen como profesión elegida, vocacional, la defensa del todo social, con el riesgo de sus vidas. A medida que las guerras se hacen más raras, menos frecuentes en algunas sociedades, se tiende a reducir esta especialización o, por lo menos, su sacralización.

Pero caben pocas dudas de que el estamento militar se presenta como una ideología. Esta ideología, a la que hay que considerar como básicamente igual en todas partes, independiente de la superestructura ideológica del estado que defienden, está generada por todo el comportamiento arcaico de las sociedades de guerra que se extienden, como queda dicho, durante milenios, y por una peculiar

percepción del riesgo. Es evidente que una clase formada y adiestrada, sobre su propia vocación, para algo tan poco lógico, tan poco positivo a la luz de la filosofía de nuestro tiempo como morir o matar, no puede tener los mismos basamentos ideológicos que una sociedad civil que considera la paz como el valor esencial. También es evidente que el militar de hoy, en el mundo generado por Europa, no considera la guerra como imprescindible, y menos aún como «fresca y alegre» o como «higiene del mundo», y por lo que se sabe del pensamiento general de los militares en el mundo que consideramos civilizado —y aún aparte de su dirección política—, es la de preservar la paz. Pero en líneas muy amplias puede decirse que el militar desconfía del político y, en ciertas circunstancias, que el político desconfía del militar. Hay algunos ejemplos en nuestro tiempo. Por citar un par de ellos, puede recordarse la tesis de la «puñalada por la espalda» que proclamó el ejército alemán a raíz de su derrota de 1918 sobre la tesis de que los militares podrían aún haber cambiado el sentido de la guerra si los civiles no hubieran capitulado (históricamente no parece cierta esa idea: la postración de Alemania en 1918 era tal que de haber continuado la guerra sus males hubieran sido aún peores, como sucedió en la segunda guerra mundial, cuando Hitler intentó la resistencia y el cambio de sentido de la guerra hasta que los tanques soviéticos penetraban ya en las calles de Berlín). Esa ideología produjo una militarización de Alemania, hizo naufragar la política de la República de Weimar, produjo el nazismo y trajo aparejada —como queda dicho en las líneas anteriores— una derrota total de Alemania. Existe la tentación de imaginar cómo habría evolucionado Europa si los militares —y los civiles emparentados a ellos— no hubiesen hundido la República de Weimar y hubieran colaborado con las democracias, como en esta posguerra ha hecho Alemania Federal.

Otro ejemplo sería el del general MacArthur cuando, ante la imposibilidad de ganar la guerra de Corea por razones que achacaba a los políticos —y que efectivamente procedían de la seguridad de que la extensión de aquella guerra hubiera podido precipitar una conflagración atómica mundial— pedía públicamente que se le autorizase a lanzar bombas atómicas sobre



Atenas.

China. MacArthur fue destituido, pero no hay que excluir que aquella frustración, sumada a la que se produjo con la pérdida de la guerra del Vietnam, haya producido el tipo de reacción que ha llevado a Reagan a la presidencia: una presidencia en la que refuerza el poder militar, el armamentismo, al mismo tiempo que se cortan las negociaciones —como ha sucedido en la Conferencia de Madrid— y se esgrime la posibilidad de guerra —aun de una guerra tan insegura para los vencedores como para los vencidos como es la guerra nuclear— para restablecer la situación de dominio de su país. Es un clásico conflicto entre el miedo a perderlo todo por la debilidad y la necesidad de negociar.

A veces el estamento militar percibe de tal modo esa sensación de riesgo provocado —supone él—

por los políticos que trata de actuar por sí mismo, y si no tiene suficiente influencia sobre el poder civil, si no se hace temer de él con la simple exhibición de su doctrina y de su concepto de la situación, toma el poder: es el golpe de estado. Los españoles, que tenemos una gran tendencia a suponer que todos los males son genuinos de nuestro país, solemos creer que la permanente amenaza del golpe de estado es algo que está en el carácter nacional y en la sociología de nuestro gran grupo. Por eso hemos dado la palabra «pronunciamiento», desde el siglo XIX, a este tipo de sucesos en cualquier parte del mundo. No es así. Francia tuvo no hace mucho tiempo su golpe de estado, y aún podría decirse que dos golpes de estado casi simultáneos: uno del general De Gaulle —disimulado, civilizado, culto—,



Santiago de Chile.

que no solamente llegó al poder por medios irregulares en una situación de angustia —la guerra de Argelia—, y otro el del «putsch» de Argel, y la creación del «Ejército secreto» que practicó desde la sublevación militar el terrorismo directo y el intento de asesinato del general De Gaulle. No hay que ir demasiado lejos: el Ejército polaco acaba de dar su golpe de estado. La exhibición de motivos, algunos de los cuales deja implícitos, no son distintos a los que esgrimen los generales que dan sus golpes en otros países y bajo otro signo —en Turquía, en Argentina, en Chile...— y consisten en demostrar que el país estaba hundiéndose en el caos y la anarquía —palabras favoritas del golpista—, que las huelgas habían destruido la productividad del país, que se veía venir una guerra civil... Las razones implícitas, pero que los militares polacos dejan entender como su máxima justificación, son las de que sólo esa salida ha podido impedir la invasión soviética, que hubiera destruido para siempre el país.

No hay que dudar de lo que dicen Jaruzelski, Evrem o Pinochet. El sentido del orden es siempre un artificio. El orden es algo que se pacta o se conviene, que se codifica o se constitucionaliza, según una situación determinada; ese orden hay que sustituirlo por otro cuando la situación de la sociedad ha cambiado y necesita una nueva codificación. Los militares, en Polonia o en Guatemala, tienen el sentido del orden que les da su propia ideología, y que está muchas veces nutrido por el sector social del que nacen y en el que viven, y de la suma de una parte de la sociedad civil. Puede decirse que tanto en Polonia como en Ar-

gentina el ejército se forma a partir de unos determinados valores aceptados y dominantes: en Polonia, por una selección a partir de unas organizaciones comunistas paramilitares y por unas academias en las que se forma rígidamente un determinado sentido del orden establecido; en Argentina —por citar un país al azar— nace de unas clases sociales de élite, de unas determinadas oligarquías. En uno u otro lugar, la contemplación de unas renovaciones produce un sentido de inquietud: el sentido de la destrucción de un orden aceptado. Y la dificultad de entrar en el nuevo artificio de un orden cambiante. Los «coroneles» griegos, claramente oligárquicos y ligados a una aristocracia —con arreglo a la tradición milenaria de identificación de la clase guerrera con la dirección política— sintieron el neutralismo que proponía Papandreu y el progreso de ese ideario como una destrucción del orden y como una penetración del comunismo, al que habían combatido años atrás —la yugulación de la resistencia griega con ayuda de Gran Bretaña y de Estados Unidos y con apartamiento de la URSS, en cumplimiento de los acuerdos de Yalta— y produjeron el golpe de estado.

Se hace evidente en todas las situaciones históricas, como en las que están en estos momentos en el poder en numerosos países, principalmente del tercer mundo —países que no han resuelto todavía sus conflictos entre la oligarquía y la sociedad civil— que el golpe de estado tiende a convertirse en permanente y que no resuelve los problemas planteados al país. El proceso de progreso de la sociedad civil y la tendencia a integrar las clases militares en un sentido unánime de esas sociedades ha podido

predominar en Francia, en Grecia, y está predominando ya en Portugal; es también un problema de vasos comunicantes con respecto al mundo entorno, y un mayor nivel de democracia en los países con los que se está en relación directa influye directamente en el país golpista, que tiende a reducir su autocracia. Cuando eso no sucede, la tendencia a lo que se llama el «desorden» se multiplica bajo el poder del golpista: es el caso de El Salvador, el caso de Guatemala. En esos casos se produce una respuesta dialéctica que está en consonancia con la ideología militar y la razón final de su existencia: la agresión exterior. Polonia no tiene duda en acusar —es decir, sus golpistas— a una presión exterior, de Occidente, de los desórdenes de su país, y aún realiza el doble juego de acusar también a la Unión Soviética de intervencionismo y, por consiguiente, de atenuar su golpe con unas razones de defensa frente al extranjero; como Chile o Argentina hablan de Cuba, de la URSS y de un comunismo extranjerizante. No hay que creer que esa creencia es sólo un enmascaramiento: es la seguridad con que lo ven aquellos que no están dotados de otra óptica más amplia.

Lo que sí hay, y cada vez más —y parece un factor positivo— es la necesidad de enmascarar el golpe como tal. Es una palabra desprestigiada. Los militares guatemaltecos, que se vienen sucediendo en el uso y abuso del poder por lo menos desde 1970 —por no acumular referencias históricas anteriores— se fuerzan a las elecciones y a los períodos legislativos establecidos por una constitución que no respetan para disfrazar el golpismo. En el proceso de Madrid se

ha oído a algunos procesados explicar que su acción iba destinada a prevenir un golpe más duro y más sangriento, y explicar que sus movimientos estaban hechos por un respeto a la Constitución y a la Corona, que creían violados por otros.

Hay una identificación del «golpe» con el «tercer mundo», y otra, paralela, que lo considera fuera de la civilización, o de la corriente predominante de la civilización. Muchas veces para justificar ese golpe se trata de magnificar la producción de desorden. El menor problema parlamentario, el aumento de índices de criminalidad o la exposición de ideologías avanzadas pueden convertirse, en la dialéctica golpista, en graves amenazas que explican su intervención, que la llevan al estado de máxima necesidad. Las primeras proclamas anuncian siempre que de lo que se trata es de restablecer el orden amenazado, y que las fuerzas movilizadas volverán a sus cuarteles y devolverán el poder a los civiles en el momento oportuno. Nunca se encuentra, después, el momento oportuno: entre otras cosas porque el poder de los civiles y su estructura —los partidos políticos, el sis-

tema parlamentario, la libertad de prensa y hasta los derechos humanos— son destruidos con tal dureza por los golpistas que ya no encuentran más a quien entregárselo, y, además, porque sólo están decididos a entregárselo a quienes sigan teniendo el sentido del «orden antiguo» en cuya defensa han salido.

Estamos atravesando una época en la que el golpismo se multiplica al mismo tiempo que la tendencia mayoritaria del pensamiento le condena y le convierte en vergonzoso. Son circunstancias mundiales. Habría que hacer un examen largo y profundo de ellas. Probablemente se encontraría en la misma superficie que la crisis mundial por la carestía y la escasez de petróleo está movilizándolo a las clases perdedoras —los sin trabajo, los que antes se llamaban proletarios—, y que estas clases son las mismas con una envoltura católica y nacionalista como en Polonia, que con una envoltura neutralista como en Turquía; que esa crisis ha producido personajes como Reagan, como Leh Walesa, como Jomeini y que con un poco más de audacia en la interpretación podría extenderse hasta a Wojtyla. A los

movimientos de revuelta por defensa de un nivel de vida —y una vez más se puede comprender en todo ese movimiento desde los mineros polacos hasta los mineros bolivianos— corresponde un movimiento de presión: las democracias tienden a hacerse «fuertes», y donde no lo consiguen brota el golpe militar.

No hay indicios de que esta situación vaya a terminar por ahora. Es un fragmento de la historia de la humanidad. Lo importante es que la situación de «amenaza» de «caos» o de «desorden» sea asimilada por todos por igual. El sentido que debe tomar la defensa de una sociedad amenazada es precisamente el de reforzar las instituciones de esa sociedad con sus propias premisas: en una democracia es el sentido mismo de la democracia y de sus libertades lo que se trata de impulsar, en lugar de coartar. Por ahí parece ir la filosofía política de nuestro tiempo. Es una esperanza. Pero hay que repetir que esta estructura de las sociedades es todavía demasiado joven, demasiado nueva, para prevalecer sobre milenios de sociedad autocrática y de jerarquía piramidal. ■ E.H.T.



Madrid.